

ba de restablecer el orden tan seriamente alterado, y para eso no hacía falta exterminar á todo trance, sino traer al buen camino á los descarriados.

Esa política verdaderamente paternal que siguió el Gobierno del Sr. de la Barra, fué tenida por algunos como debilidad, y las críticas á este respecto menudearon. Mas, á pesar de todo, la gran mayoría de los habitantes supo comprender el sentimiento humanitario que aconsejaba ese proceder, y no solamente no lo censuraron sino que lo hicieron motivo de alabanza.

Bien sabía el Presidente de la Barra que una dureza excesiva no haría más que avivar las pasiones y obligarlas á que no se manifestaran en alguna forma elevada por su nobleza; bien comprendía que la persecución tenaz é implacable hasta el exterminio, daría el resultado que se buscaba, pero á costa de un derramamiento mayor de sangre, de grandes sacrificios pecuniarios y después de prolongar demasiado la lucha. Y aquel Gobierno que tenía mucho de paternal, no buscaba la ruina de la República; su ambición única, su único anhelo, eran entregar el poder á los elegidos de los ciudadanos en medio de una paz absoluta de la Nación.

CAPITULO XI

El Gobierno continúa sorteando dificultades

El día veinticinco de Junio se reunió un Consejo de Ministros y en él, el señor Secretario de Gobernación informó al señor Presidente y á los otros Secretarios de Estado que la paz se había restablecido en la República, pues que con excepción de pequeñas partidas de bandoleros á las que pronto se exterminaría, no llegaban noticias

de mayores disturbios. Dijo también que el licenciamiento de los ex-revolucionarios estaba para concluir y que pronto la República recobraría su antigua prosperidad. Esos informes fueron recibidos con júbilo por el Gobierno, y los habitantes de la Nación, que ya no querían más sangre, recobraron su confianza. Hombres trabajadores y cuyas energías se desarrollaron en un medio completamente pacífico, los seis meses que duró la verdadera revolución y los días de disturbios que con ella vinieron aparejados, los hicieron pensar en un porvenir negro, de revueltas constantes y de constantes inquietudes, y el simple anuncio que hizo el Secretario de Gobernación fué vivificante.

El informe que se daba, tenía, sin embargo, que ser desmentido por los sucesos que luego iban á ocurrir; empero no se crea por esto que el señor Secretario de Gobernación engañaba al Presidente y á la República con un acerto falso á todas luces, no; la paz realmente pareció volver en esos días, porque ni Zapata que tanto que hacer había dado ya, ni los demás jefes descontentos, mostraban actividad alguna. Al contrario, Zapata hacía protestas de fidelidad al Gobierno y aparentaba estar presto á licenciar sus tropas.

Esa tregua que la anarquía daba al Gobierno interino, fué aprovechada para atender á otros asuntos de trascendental importancia. Quedaban algunos restos de los socialistas que pretendieron establecer una república imposible en Baja California, y como su permanencia allí era inconveniente y peligrosa porque mientras siguieran la seguridad no podría restablecerse, se dió orden para que fueran perseguidos enérgicamente y el día 22 de Junio las fuerzas de la República daban el golpe de gracia á los secuaces de los Flores Magón. El en-

cuentro tuvo lugar en el pueblo de Tijuana, donde un socialista norteamericano, Mosby, que se hacía llamar general, y los hombres que lo seguían, fueron completamente derrotados. El campo de la acción quedó cubierto de cadáveres y los socialistas que pudieron salir con vida se vieron en la necesidad de refugiarse en los Estados Unidos, donde las tropas norteamericanas los aprehendieron como responsables del delito de violación á las leyes de neutralidad. La aventura quedaba concluída; la "república socialista" soñada no habría de establecerse en territorio de México.

Se prestó también una atención más cuidadosa á las reclamaciones que tenían presentadas los gobiernos extranjeros con motivo de los daños que en sus bienes y personas sufrieran sus nacionales. De esas reclamaciones, las de mayor cuantía eran la del Gobierno chino por los asesinatos de sus súbditos; las de los Estados Unidos por los perjuicios que recibieran sus ciudades fronterizas de Douglas y El Paso, Tex., cuando se efectuaron en las poblaciones mexicanas vecinas de ellas unos combates; las de España por asesinatos de iberos y las de Alemania por los acontecimientos de la fábrica La Covadonga y por los daños sufridos en sus bienes por la Compañía de Riego del Valle de Metztlán, donde unos particulares querían destruir ciertas obras de acaparación de aguas porque alegaban tener derecho.

A los representantes de esas naciones amigas les dió el Gobierno seguridades de que serían satisfechas cumplidamente sus reclamaciones justas, y á la vez se ordenó activar las investigaciones que ya desde mucho antes se habían mandado hacer para el esclarecimiento de los hechos. En frecuentes conferencias con los Ministros extranjeros se trató el asunto, y, al fin, esa actitud con-

ciliadora y prudentísima, dió el resultado de que algunas de las reclamaciones dejaran de tratarse como incidentes internacionales, porque el Gobierno de México ofreció que la Comisión de Indemnizaciones que se acababa de crear y la cual iba á recibir las quejas y demandas que tuvieran los mexicanos á quienes se exigieron préstamos en metálico, en armas y en caballos, acordaría también el monto de las indemnizaciones de los extranjeros que sufrieron perjuicios en sus intereses. Esa solución se dió á las reclamaciones de los españoles, á muchas de las norteamericanas y á las de los alemanes, quedando pendientes las de los súbditos chinos.

La Comisión de Indemnizaciones, cuya creación acordó el Gobierno interino para que se encargara de averiguar la procedencia de las cantidades que fueran reclamadas por los perjudicados, comenzó á trabajar muy activamente desde su fundación, y pronto estuvo en condiciones de conocer en globo cuál era el número total de reclamaciones y el valor que representaban. Once mil eran los reclamantes, y cincuenta millones de pesos, poco más ó menos, lo que se exigía; á esto fué necesario agregar lo que iba á pagarse por los chinos asesinados en Torreón y otras partes de la República.

En el régimen interior, se solucionaron algunos conflictos surgidos en diversas localidades y procuró restablecerse la tranquilidad en el Estado de Chiapas, donde los vecinos de los Distritos de San Cristóbal Las Casas y Tuxtla Gutiérrez, tuvieron desavenencias por dilucidar dónde debería quedar la capital y quién tenía que ser Gobernador. Las luchas electorales que se iniciaron por la misma época en varios Estados, trajeron consigo divisiones propicias á los trastornos del orden, y más si se toma en cuenta que en todas partes surgieron, co-

mo por ensalmo, tres, cuatro y á veces más candidatos y todos hacían una propaganda en su favor que á menudo era hiriente y agresiva para los contrarios. En estas ocasiones, el Gobierno siempre observó una actitud serena, pues sin coartar los derechos ajenos ni violar la soberanía de los Estados, sirvió de consejero unas veces y de mediador otras, conciliando siempre los intereses de los candidatos y de los partidos políticos militantes con los sagrados derechos de la tranquilidad pública.

Pocos días después de que el señor Secretario de Gobernación hiciera la halagüeña declaración de haber quedado restablecida la paz, comenzaron, cabalmente, los disturbios provocados por las clases obreras. El día tres de Julio, á las doce de la mañana, estalló el movimiento más formidable de que en la historia de las luchas del capital y el trabajo en nuestro país se haya tenido noticia. Los empleados de los Tranvías Eléctricos, que desde hacía tiempo se esforzaban por que sus condiciones fuesen mejoradas, por medio de un aumento decoroso de salarios y una disminución conveniente en las horas de labor, hicieron una solicitud enérgica. La empresa contestó que no podía acceder á las demandas de sus empleados, y sobrevino la huelga de la que ya incidentalmente nos hemos ocupado en páginas anteriores.

El tráfico quedó completamente paralizado en México y en los pueblos del Distrito Federal, y los tres ó cuatro mil huelguistas comenzaron á recorrer las calles de la Metrópoli en manifestaciones que al principio fueron ordenadas hasta el grado de dar un espectáculo eminentemente culto. La inmensa mayoría de los habitantes de México, aunque resentía graves perjuicios con la huelga, simpatizó con los empleados descontentos porque en su concepto era justo lo que solicitaban y les

prestó su apoyo moral y pecuniario. Hubo particulares que hicieron ofertas de fondos á los huelguistas; lo mismo efectuaron diversas asociaciones de obreros y otras colectividades, y el comercio, en gran parte, se propuso vender sus mercancías á precios extraordinariamente bajos á los huelguistas y aún les anunció su buena voluntad para abrirles crédito mientras con toda corrección y justicia continuaran en su actitud. El pueblo bajo, que á fuerza de haber vivido privado de libertades por un largo período de años, estaba sediento de entregarse á todas sus manifestaciones, tenía, empero, para no traspasar ciertos límites, su misma fogosidad en el disfrute de aquel placer nuevo y su desconocimiento del punto hasta el que podía llegar en esas manifestaciones sin herir intereses ajenos. Ese pueblo secundó á los huelguistas; pero por las razones que hemos indicado, no supo mostrarse en sus simpatías á la altura de las circunstancias y se dió á lapidar trenes y á cometer otros atentados en las calles de la ciudad.

El Gobierno interino, que bajo estas condiciones temía las consecuencias de un motín popular que sólo se sofocaría á costa de mucha sangre, dispuso que la Secretaría de Gobernación interviniera en el conflicto y viese cómo se le daba una solución satisfactoria. Y, propuesto á no ser nunca la causa directa de cualquier disturbio, dió terminantes órdenes para que la policía y las demás fuerzas que se hallaban en México, observaran una actitud prudente hasta lo último, agotando en todo caso los consejos y las palabras persuasivas antes de hacer armas contra el pueblo. Esas disposiciones tuvieron como resultado, en muchas ocasiones, que la misma policía á quien antes viera nuestro pueblo con prevención por considerarla como un instrumento ciego de la

dictadura, fuese vitoreada y en todas ocasiones respetada en sus súplicas. El convencimiento y los ruegos daban, así, los mismos resultados que hubieran podido obtenerse por medio del rigor.

Hasta el día siete de Julio duró la huelga, en que por virtud de acuerdos entre la empresa y los empleados, sirviendo de mediadora la Secretaría de Gobernación que había dado el encargo especial á este respecto al Gobernador del Distrito, se acordó que se reanudara el tráfico. Entonces fué cuando se registraron los desórdenes que trajo consigo esta huelga y que ameritaron la intervención enérgica de la fuerza armada. Sucedió que algunos de los empleados, no satisfechos con lo que ya se había pactado, hicieron prédica entre algunos de sus compañeros para que no respetaran la resolución y atacaran á los que querían reanudar el servicio de los trenes. Una mínima parte de empleados aceptó los consejos y estuvo pronta á ponerlos en práctica, y como el populacho hiciera causa común y entre aquéllos y éste se dieron á atacar trenes y trabajadores no huelguistas, la policía tuvo que cargar sobre los amotinados, hiriendo á varios de ellos y aprehendiendo á muchos. Así terminó esta huelga, en la que el Gobierno supo mostrarse prudente hasta lo último y enérgico cuando se hizo absolutamente necesario.

El día seis de Julio, los obreros de la Compañía de Papel de San Rafael, instigados por algunos agitadores, también se declararon intempestivamente en huelga. Pero este movimiento, aunque tuvo importancia por el número de obreros que en él tomaron parte y por la industria que afectaba, no revistió nunca los caracteres alarmantes que la de los motoristas y conductores de

los Tranvías Eléctricos, y su duración fué demasiado breve.

Después de estas dos huelgas, vino una fiebre por ellas; quizás contribuyó mucho á eso el mismo público que había visto con marcadas simpatías la de los empleados de los Trenes Eléctricos. Los obreros de las fábricas de pan, las costureras de algunos establecimientos importantes y hasta ciertos empleados del Gobierno como los destinados á repartir cartas y telegramas, proyectaron huelgas con el ánimo de pedir ciertas mejoras en sus condiciones, pero todas esas luchas entre el capital y el trabajo, concluyeron de un modo pacífico, porque la acción oficial, por una parte, y por otra el mismo público que ya no vió con el mismo amor los demás movimientos, colaboraron para restablecer la calma en ese orden de cosas.

En los Estados, sobre todo en aquellos que más industriales son, tuvo su resonancia el movimiento huelguista de México; los obreros de Orizaba, principalmente los de las fábricas de hilados y tejidos de Río Blanco y Santa Rosa; algunos mineros de San Luis Potosí, los empleados electricistas de Chihuahua y otros más, se declararon también en huelga, pero á la postre sus exigencias fueron reduciéndose hasta llegar á conformarse con la antigua condición. En realidad la efervescencia de las clases trabajadoras no era más que un eco de la voz formidable que acababa de oirse en toda la República llamando á sus habitantes á las armas para reconquistar los derechos perdidos. Los héroes del trabajo creyeron que era llegada ya la hora de su emancipación.

Tocó al Gobierno del señor Presidente de la Barra la tarea de concluir con esos movimientos, pero sin ape-

lar nunca á la fuerza; sólo se interponían influencias y consejos, mediaciones y actitudes conciliadoras.

Ya por los últimos días de la existencia de ese Gobierno, comenzaron las manifestaciones que anunciaban esa otra huelga que estalló en la ciudad de Torreón y en la que se vieron envueltos todos los obreros de la industria lagunera y comprometidos muchos negocios de indiscutible importancia. Pero esa huelga, en sus fases más importantes sobre todo, no se desarrolló durante el interinato sino después de que el Gobierno emanado de la Revolución subió al poder. En tal concepto no nos ocupamos de ella.

Estas complicaciones restaron mucha atención al Gobierno para poderse entregar por entero á desenredar la complicada madeja de los asuntos de inmediata y vital resolución que se presentaban, y contribuyeron á que la tranquilidad pública no fuese restablecida por completo.

Mas, dígase cuanto se quiera, lo cierto es que siempre campeó en los actos del Ejecutivo Federal un patriotismo elevado y un inmenso deseo de realizar beneficios para el país, y por tal concepto ha quedado grabada la breve gestión política y administrativa del Sr. Lic. de la Barra en los fastos de la Historia con las palabras de encomio que tiene la gratitud nacional cuando quiere significar que un ciudadano de relevantes méritos mereció bien de la Patria.

CAPITULO XII

Trabajos preparatorios de las elecciones
Sucesos culminantes diversos

El Congreso de la Unión había, cuando aceptara las renunciaciones que de sus cargos hicieron los señores General Porfirio Díaz y D. Ramón Corral, convocado á elección

nes extraordinarias de Presidente y Vicepresidente de la República, y á esa convocatoria respondieron los ciudadanos formando agrupaciones políticas para luchar en el campo de la ley por la exaltación de quienes en su concepto merecieran la confianza de la Nación.

Verdaderos partidos políticos no existían en México desde que el liberal destrozara al conservador tras una lucha sangrienta que se prolongó por muchos años. Aniquilado el partido conservador, el liberal dejó de existir porque ya no tuvo razón de seguir militando, pues le faltaba el contendiente que necesita todo partido político. Mientras se mantuvo en la Presidencia el General Díaz, jamás se toleró la existencia de partidos, porque en opinión del Gobierno eran peligrosos para el poder; y aunque siempre contó el pueblo con abnegados luchadores que estuvieron militando con admirable energía en las filas de la oposición, éstos se mantenían aislados y la mayoría de las veces sin esperanza de triunfo.

Las declaraciones que el General Díaz hiciera en una conferencia política al periodista norteamericano Mister James Creelman sobre que vería con gusto la formación de partidos políticos que se disputaran los triunfos electorales, porque abrigaba la creencia de que el pueblo mexicano había alcanzado la aptitud necesaria para vivir la vida de la democracia, hicieron que muchos hombres de buena fe y también los viejos opositores se aprestaran á obsequiar los deseos del anciano caudillo. Entonces quedaron establecidos dos partidos formidables que se disputaron el triunfo en las elecciones de Presidente y Vicepresidente que poco después iban á efectuarse.

Esos partidos fueron el de los reeleccionistas, integrado por amigos personales del Presidente Díaz, por